

DR. MANUEL VALDES BANGO Y LEON

Por:

Dr. MANUEL FERNANDEZ Y MUÑIZ

Cuando me señalaron un turno en estas interesantes charlas sobre la vida de médicos ilustres, contemporáneos de aquel inolvidable Cabrera Saavedra, confieso que pesó sobre mi ánimo, como sigue pesando todavía, la gran preocupación de no poder nosotros llenar a plenitud nuestro cometido. El desfile por esta honrosa tribuna de brillantes figuras de nuestro mundo médico, hace que me encuentre cohibido ante la inmerecida distinción y tenga íntimamente la gran preocupación de dejar a ustedes todos defraudados en esta noche en que vamos a realizar una peregrinación a un pasado que llega tanto al corazón: la vida de aquel ilustre médico cubano que se llamara Manuel Valdés Bango y León. El recuerdo del maestro, que tengo yo esta noche la obligación de invocar ante ustedes, me hace sentirme temeroso, repito, de no poder lograr mi empeño, pero sí tengo que confesar, antes de seguir adelante, que esta noche siento con orgullo y con gran satisfacción confundidos los dos grandes estímulos de mi vida: la Patria, a la que positivamente honramos, honrando la memoria inmaculada de uno de sus hijos ilustres como fue Manuel Valdés Bango, y la Medicina, a la que honramos también, a quien he brindado mi juventud, toda mi vida profesional y espero seguir brindándole todo mi interés y toda mi energía hasta que la muerte nos sorprenda en el ejercicio de nuestra dura y difícil profesión.

Manuel Valdés Bango y León, médico magistral, profesor, figura inolvidable y grata, dejó entre nosotros un recuerdo inmortal, y su nombre vinculado siempre a la Historia de la Medicina cubana, nos obliga esta noche a entonarle un cántico de devoción que nos lleva en alas de la ciencia y de la eternidad a su recuerdo

ejemplar, recuerdo de aquella vida, que supo marchar triunfante por los áridos y difíciles caminos de la Medicina, y lograr conquistar la gloria, pero esa gloria que se conquista salvando vidas, no sacrificándolas, la gloria que él supo conquistar en el Templo de Esculapio, no esa gloria de la guerra a la cual se rinde culto fervoroso en nuestros días en el infernal Templo de Marte.

Manuel Valdés Bango y León nacieron en la provincia de La Habana, en el pueblo de Nueva Paz, de familia de buenos recursos económicos como lo prueba el hecho de hacer sus primeros estudios en el antiguo Colegio de Belén. Termina sus estudios de bachiller y marcha hacia España donde recibe el título de doctor en Medicina en la Universidad de Santiago de Compostela en el año de 1871. Terminada su carrera en España regresa el doctor Valdés Bango y León a ejercer su profesión en Cuba, su querida patria. Venía el joven médico cubano con sus libros, con algún instrumental y sobre todo saturado de optimismo y justos entusiasmos. Inicia Valdés Bango su vida médica en la ciudad de La Habana, trabaja como era entonces su profesión en todos sus aspectos, pero no cabe duda, por los datos que hemos obtenido, que él se inclinaba desde los primeros momentos al campo de la cirugía, donde rindiera su máxima labor. Fue tal su éxito que se le vio pronto figurar en el cuadro de profesores de la Universidad de La Habana, donde un día feliz para él conquistó la Cátedra de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina, siendo inolvidable su discurso en la sesión inaugural del curso académico de 1892 a 1893, donde desarrolló brillantemente el tema: "Influencia del estudio bacteriológico en la terapéutica quirúrgica". En este trabajo Bango, ya un maestro consagrado, hizo pesar todo el valor de aquellos trabajos de Pasteur en el vasto campo de la Microbiología, aquellos trabajos que hiciera el sabio francés en su modesto laboratorio de la calle Uhm, a donde solía acudir diariamente otra inolvidable figura de la Medicina cubana; me refiero al sabio profesor Albarrán.

Bango² ejerció durante veinte años consecutivos su cátedra de Clínica Quirúrgica en la Facultad de Medicina y como muy bien señala Presno, uno de sus discípulos predilectos, Bango desarrolló una labor docente digna de admiración, equipó de dotes quirúrgicas a infinidad de discípulos, repartió el pan de la enseñanza con la energía y el carácter que le eran peculiar y sintió la

² Con frecuencia se verá en el curso de este trabajo que se usa el apellido compuesto del doctor Valdés Bango, solamente como Bango, pues era así como se le conocía corrientemente. (N. del A.).

CONTEMPORANEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 25

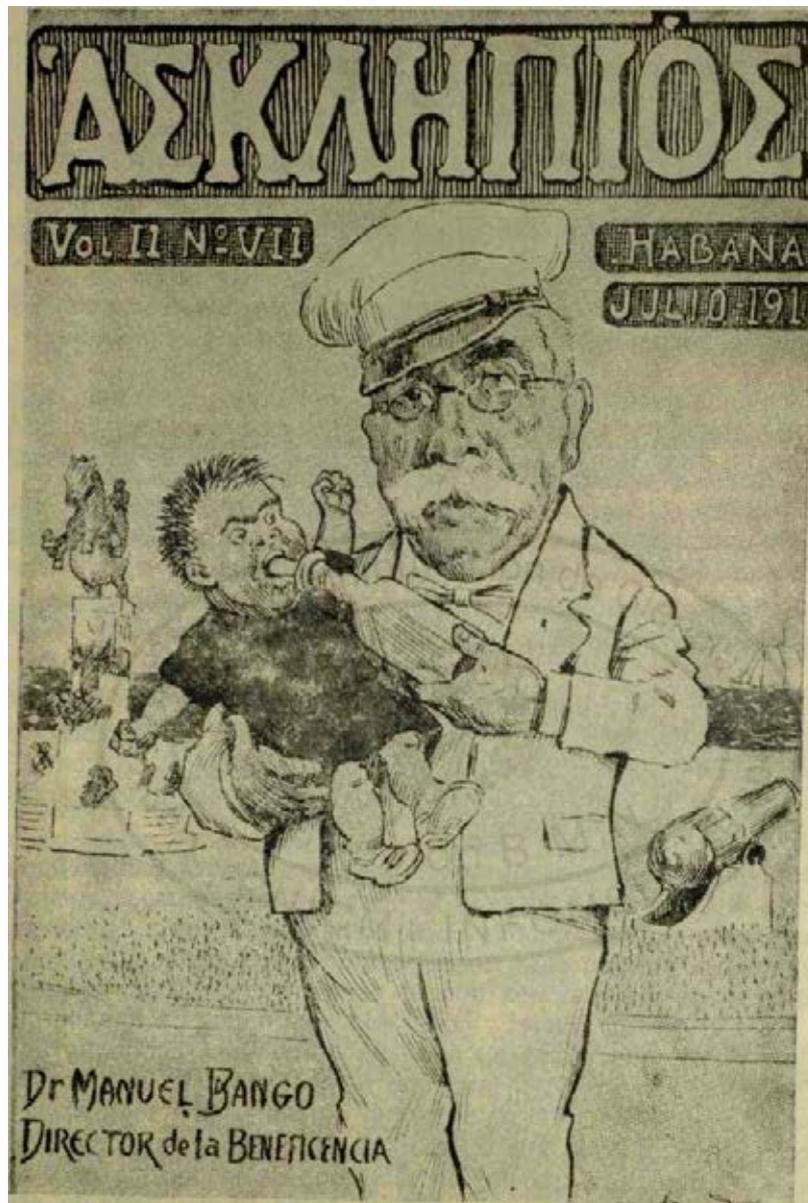
satisfacción un día de verse nominado por elección decano del claustro de Medicina. Sigue diciendo el profesor Presno, al hablar de Bango en su informe a la Academia de Ciencias el 9 de abril de 1928, donde daba, adolorido, la noticia de su muerte, lo siguiente: "Bango, el maestro de varias generaciones de médicos, parecía a veces muy brusco de carácter y sin embargo en la intimidad de su trato era un encanto por la agudeza y la chispa de su ingenio". Finaliza su informe llamándole con razón el Decano de los médicos cubanos.

En su período de cátedra, como sucede en nuestros días, Bango publicó pocos trabajos; sólo se recuerdan los siguientes:

- Lecciones de Clínica del Hospital San Felipe y Santiago, sobre "Hematocele y aneurisma de la poplítea por ligadura de la femoral". Este trabajo se publicó en la *Crónica Médico Quirúrgica*.
- "Signos clínicos que autorizan la nefrectomía". Trabajo que se publicó en la *Revista de Medicina y Cirugía*.
- "Un caso clínico de herida cráneo-encefálica". Trabajo presentado el día 17 de mayo de 1892.

El doctor Manuel Valdés Bango fue fundador de la Sociedad de Estudios Clínicos, fue Presidente de la Junta de Patronos del Asilo de Enajenados, y el gobierno de la república le confió la dirección de la Casa de Beneficencia, cargo que fuera, posiblemente, el último que desempeñó.

Hay un dato interesante en la vida de Manuel Valdés Bango: cuando el Gobierno Autónomo lo nombró Representante en la Cámara Insular por la provincia de La Habana. Ese viraje de Bango al campo de la política duró poco tiempo. Bango tenía muy poco de político, nosotros creemos que él pensaría como Fisher, que decía: "que el médico bueno y honorable, que nunca ha tomado parte en la política, que jamás ha leído un libro sobre Economía Política, puede ser mejor ciudadano que muchos de esos notorios políticos profesionales, que se encargan de pintar con toda clase de colores las quejas de sus conciudadanos"; puede ser que Bango, cuando se decidió a trabajar en el campo de la política en su escaño de la Cámara Insular, pensaría como Bryce: "que la clase sabia y científica debe ejercer su influencia con el fin de mitigar las asperezas políticas y ayudar a las colectividades a una mejor inteligencia entre sí".



hZhfnn n^{el} Dr^{Ban} 2^o cuando era Director de la Casa de Beneficencia, hecha por Diego Fernandez y publicada en la revista Asclepios.

CONTEMPORANEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 27

En época de la intervención norteamericana, Bango se vio obligado a renunciar a su cátedra de Clínica Quirúrgica de la Escuela de Medicina. Fue una gran injusticia que se cometió con el brillante cirujano y se prueba con el nombramiento que, como desagravio, recibió de las principales figuras médicas de aquella época, designándole Rector de la Universidad cubana, que ya se estaba proyectando. Abandona el doctor Manuel Valdés Bango su cátedra de la Universidad y acepta el nombramiento de Director del sanatorio "La Covadonga" del Centro Asturiano de La Habana en el mes de marzo de 1897, iniciándose, por así decirlo, la etapa más constructiva de la vida de Manuel Valdés Bango, a quien la naciente entidad regional supo escoger como el organizador científico de su Casa de Salud.

El 2 de mayo de 1886 un grupo de jóvenes asturianos, presididos por Antonio González Prado, fundan la Asociación Centro Asturiano de La Habana e inician la humanitaria labor de darle asistencia médica y calor de hogar al emigrante que llegara a nuestro país desde los lejanos reglones de Asturias. Para dar cumplimiento inmediato a sus nobles propósitos celebraron unos contratos de asistencia médica con la "Quinta del Rey", con la "Quinta Garcini", con "La Integridad Nacional" y con "La Benéfica", que eran, en aquel momento, las principales casas de salud que se encontraban funcionando. El nacimiento de estas casas de salud es muy interesante; ellas están tan ligadas a la vida médica de Manuel Valdés Bango, que voy a dar una serie de datos adquiridos en el prólogo de la *Historia del Centro Asturiano*, escrito en el año de 1911 por don José G. Aguirre, donde nos habla de esta casa de salud.

La primera casa de salud según Aguirre, fue la de "San Leopoldo", que se supone fundada en 1840 en la casa de Belascoaín No. 17, esquina a Virtudes. Esta quinta de "San Leopoldo" cerró sus puertas en el año de 1870, o sea, tuvo treinta años de vida.

La segunda casa de salud fue fundada en el año 1857 por el doctor Fraquieri con el nombre de la "Quinta del Rey". Recordamos que hasta hace poco existía en la calle Cristina la entrada de esta quinta y se veía su lujosa reja con el nombre grabado en el propio hierro. Esta "Quinta del Rey" fue muy famosa, sobre todo cuando tomó su dirección el doctor Vila que la adquirió de su fundador, la dotó de gran confort y de un moderno equipo de cirugía, siendo por tanto esta casa de salud la más en moda y donde acudían los enfermos pensionistas de mejor posición económica.

Poco tiempo después se inaugura la "Quinta Garcini" en el Paseo de Carlos III en el lugar que hasta hace poco existía la estación del ferrocarril de Marianao. La vida de esta "Quinta Garcini" fue poca, según el historiador Aguirre, "por la reñida competencia que las mismas casas de salud entre sí se hacían". La crisis final de esta "Quinta Garcini" fue precisamente cuando surge la casa de salud "La Covadonga" con Bango de director, y el Centro Asturiano retira los enfermos que tenía en la "Garcini" en calidad de pensionistas.

En el año 1898, en la calle de San Lázaro, esquina a Gervasio, el doctor Ramón Negrete, un gran discípulo de Bango, inaugura el sanatorio "Habana" en el lugar donde anteriormente había estado funcionando la quinta "Larrazábal". El doctor Manuel Valdés Bango, en sus memorias sobre la quinta "Covadonga", al hablar de su discípulo, el doctor Ramón Negrete, dedica grandes elogios al mismo y señala cómo el joven médico enterró su fortuna personal tratando de hacer del sanatorio "Habana" el mejor de su clase en esos momentos.

En 1868 fue fundada la quinta "San Rafael" por los doctores Belot, Caneda y Bonichi, en la Calzada de la Reina. Tuvo pocos años de vida y en 1873 uno de sus fundadores, el doctor Juan Bonichi se separó para fundar "La Integridad Nacional", otra de las casas de salud que prestó provisionalmente asistencia médica a los asociados del Centro Asturiano de La Habana. "La Integridad Nacional" se instaló en la antigua casona al final del Paseo de Carlos III, donde había estado funcionando en el primer tercio del pasado siglo el famoso colegio de don José de la luz y Caballero. Al hablar en sus memorias de "La Integridad Nacional", Bango dice que su nombre fue creado por el fervor patriótico de sus fundadores, pero que no era esa casa de salud más que la resurrección del antiguo "Hospital de los Angeles", que en 1880 había existido allí, en la casona de Carlos III, donde tanto hambriento recibió protección en aquella inolvidable época de la reconcentración.

En 1875 en la barriada de Jesús del Monte, bajo la dirección del doctor Rafael Bueno y con la administración de don Felipe Arango, se fundó la casa de salud "La Benéfica", que más tarde fue adquirida por el Centro Gallego de La Habana para su famoso sanatorio.

He hecho esta pequeña historia de las casas de salud porque, como señalé anteriormente, la vida de Manuel Valdés Bango se halla íntimamente ligada a estos centros hospitalarios de las sociedades regionales,

sobre todo el sanatorio "Covadonga" del Centro Asturiano de La Habana, una de nuestras principales casas de salud, de las que dijera un día el gran tribuno Fernández de Castro lo siguiente: "Estas sociedades regionales, en la soledad de mi retiro y en el fondo de mi íntima conciencia, me sirven de dulcísimo consuelo patriótico, al ver y admirar su labor preciada en el seno de la sociedad cubana, contemplándolas con amor, como conjunción misteriosa de hermanos llamados a cumplir los fines de una raza, de una historia, de un ideal, que no puede sucumbir abandonado entre miserias, porque la raza española tiene en gloria eterna páginas inmortales y es ideal que vive hondamente en el corazón y en la mente de sus hijos". Es lástima —decimos nosotros— que aquel "profundo sentimiento de solidaridad social" señalado elocuentemente por el ilustre tribuno, se esté perdiendo a pasos agigantados en muchas de estas sociedades regionales, donde la política y el personalismo amenazan con destruir la gran obra de sus nobles fundadores.

El día 31 de diciembre de 1896 fue nombrado el doctor Manuel Valdés Bango y León director del sanatorio "Covadonga", que se proponía inaugurar el Centro Asturiano de La Habana en la famosa quinta de doña Leonor Herrera, en la barriada de El Cerro, inauguración que se efectuó el día 15 de marzo de 1897, donde fueron estrenados tres pabellones con el siguiente cuerpo de profesionales de la Medicina:

Director: doctor Manuel Valdés Bango

Médicos de salas: doctores José Casariego, Abraham Pérez Miró, Manuel Varona Suárez, Francisco González y Miguel Armona.

Médicos internos: doctores José A. Presno, Larios, José Ferrán Pujols y Agustín de Varona.

Desde ese momento el doctor Manuel Valdés Bango se entregó por entero "a su Quinta Covadonga", porque fue así, el doctor Bango trabajó como si aquello fuese para él o para sus hijos; todavía los viejos asociados cuentan un episodio que sucedió en el año social de 1898 a 1899: presidía la Sociedad don Ramón Argüelles, había una deuda vencida sobre los terrenos de la quinta "Covadonga" y el apoderado, señor Zaldo, exigía el cumplimiento de la misma, o de lo contrario traspasaría la hipoteca a un sindicato americano interesado en los ricos terrenos del sanatorio. Se enteró Bango del asunto, visita a su amigo, el señor Santa Eulalia, y le manda

a decir al presidente señor Argüelles que, si la operación no la hacía el Centro Asturiano, él la haría como negocio propio. Bango conocía bien a sus asturianos. El presidente don Ramón Argüelles, ante el recado del doctor Bango, inmediatamente cumplió el compromiso contraído y nosotros hemos leído su informe posterior a la Junta Directiva en el cual decía: "Bango me llegó a señalar que si el próximo domingo en la propia quinta no firmamos la escritura, él se quedaba con ella". Esas eran, señores, las cosas geniales de aquel hombre todo corazón, de carácter duro, valiente y decidido, como lo era en el salón de operaciones ante los graves problemas de sus enfermos; de sobra sabía Bango que tan pronto él tocara el amor propio del rico asturiano presidente social, este reaccionaría y haría reaccionar a los demás en la forma que sucedió.

El 4 de agosto de 1901 debe haber sido el día más feliz de la vida médica del doctor Manuel Valdés Bango, ese día se inauguró en el sanatorio "Covadonga" el pabellón dedicado a cirugía general. Llevando su nombre como justo homenaje, se inauguró el gran pabellón "Manuel Bango" el que, según la crónica de aquella época, fue admiración de todos los médicos que esa mañana asistieron a su inauguración, comparándolo con los mejores de Europa. El doctor Bango hizo el discurso inaugural y señaló la íntima satisfacción que sentía, no sólo por haber inaugurado su gran Servicio de Cirugía, sino también por haber aquella mañana adquirido para la casa de salud "Covadonga" los servicios médicos de otra gran figura de aquella época, el doctor Gutiérrez Lee, que muchos tenemos que recordarlo, sobre todo los que éramos alumnos internos del Colegio de Belén donde él prestaba sus servicios. Nunca olvidaremos su arrogante figura, carácter bondadoso, su impecable chaqué, su inseparable bombín y siempre con una sonrisa y con un purgante para los que llegábamos a la enfermería donde estaba el inolvidable hermano José.

Bango en su tarea de llevar adelante la quinta "Covadonga", no perdió un momento de tiempo: inaugura varios pabellones de medicina, el departamento de Hidroterapia, que lo equipa con los últimos aparatos, la cocina y la lavandería fueron otra obra que inmediatamente trató de que se fabricaran por estimarlas fundamentales. El pabellón de enfermedades infecciosas fue otra obra realizada por el doctor Bango en el sanatorio. Recordando nosotros nuevamente a Fernández de Castro, este dijo de Bango al hablar de los progresos científicos del Sanatorio del Centro Asturiano: "Bango es un maestro cuyo vigor intelectual se refleja

en los portentosos progresos de la quinta "Covadonga", de igual manera que se reflejaba el temple de su alma en la altivez con quien había sabido despreciar ciertas mezquindades humanas para enaltecer su elevado sacerdocio, dignificando su profesión y velando por los fueros de la misma".

Se refería Fernández de Castro a las pruebas de ingratitud que Bango supo soportar de aquellos que le hicieron abandonar su cátedra en la Escuela de Medicina.

En el año de 1906 partió el doctor Bango hacia Europa, comisionado por el Centro Asturiano de La Habana para visitar los principales centros hospitalarios del viejo continente. Regresó a los pocos meses y es digno de señalarse el brillante informe que rindió el ilustre médico a la Junta de Gobierno de la institución. En ese informe compendia Bango todas las impresiones de su viaje, señala con lujo de detalles cómo fue estudiando, en cada establecimiento hospitalario, las ideas más prácticas y modernas para trasplantarlas a la quinta "Covadonga". Propuso en ese informe la creación del laboratorio clínico, el gabinete de electroterapia y de electrodiagnóstico, el gabinete de mecanoterapia y la fundación de nuevas salas de medicina, toda vez que el ingreso de enfermos en el sanatorio era cada día mayor. Señaló esa noche también en su informe el doctor Bango los estudios que había realizado sobre tuberculosis pulmonar y anunció la aplicación que pensaba hacer de los mismos en sus enfermos del sanatorio, para rendir más tarde un trabajo científico a la Academia de Ciencias, como veremos que lo hizo un año después.

En el mes de octubre de 1907 fue una sorpresa que el doctor Bango presentara su renuncia como Director de la quinta "Covadonga". Esta renuncia accedió más tarde a retirarla, sus motivos no fueron otros que los siguientes: en la Junta Directiva del mes anterior se había tomado el acuerdo de que a partir de esa fecha el señor director, en los casos de nombramientos de médicos, propondría una terna en lugar de una sola persona como lo había hecho hasta ese momento. Bango renunció ante aquel acuerdo, porque posiblemente comenzó a sentir la falta de absoluta confianza que es necesario tener y que se tenga con uno cuando ocupamos un puesto de esa naturaleza. A pesar de este incidente, inicio de la crisis del doctor Bango como Director de la "Covadonga", rindió su informe anual a la Junta Directiva del año de 1907 lleno de optimismo y de entusiasmo, anunciando la terminación de los pabellones de tuberculosos y de enajenados.

El 20 de abril de 1908, o sea, al siguiente año, recibe el doctor Bango una licencia de seis meses con sueldo para que se trasladara a Europa, esta vez en plan de descanso por su estado de salud, y se nombra para sustituirle en la dirección al doctor Agustín de Varona, que también le había sustituido en su viaje anterior.

El 3 de julio de 1909 el Gobierno del Centro Asturiano de La Habana acordó una reorganización de su cuerpo facultativo en el sanatorio "Covadonga", se aceptó la renuncia que había presentado el doctor Manuel Valdés Bango como director y se nombró en su lugar al doctor Agustín de Varona y como subdirector al doctor José A. Presno y Bastiony. Así terminaron los doce años de labor titánica del doctor Manuel Bango como primer director y fundador científico del sanatorio "Covadonga". Dejó tras sí su corazón y sus mejores entusiasmos profesionales. Triste y abatido marchó a su hogar, pobre y vencido, a seguir viviendo, o mejor dicho, a terminar de vivir del único capital que le quedara: su prestigio profesional. Fue en el año de 1926, o sea, 17 años después, que el Centro Asturiano le concedió una pensión y tomó el acuerdo de levantar un busto a su primer director en los jardines de aquella quinta "Covadonga", donde tanto hizo y tanto trabajó. En aquella época nosotros éramos alumnos de medicina del sanatorio; asistíamos en calidad de alumnos externos a los Servicios de Clínica Médica del profesor Octavio Montoro, otro ejemplo de maestro a quien tanto debemos aquellos que junto a él aprendimos la medicina "junto a la cabecera del enfermo", la útil, la práctica, aquella que sabían enseñar Cabrera, Ortega, Albertini, Menocal, Bango, Núñez y tantos otros que supieron dejar discípulos en su camino. Esa mañana fuimos testigos de aquella fiesta que se celebrara en el sanatorio para develar una placa de Finlay y sus colaboradores y descubrir el busto del doctor Bango. Le vimos llegar al salón de actos del sanatorio, se apoyaba al brazo del doctor López del Valle; Bango, el maestro inolvidable, el viejo director, el del chiste agudo y la risa retozona, mucho había cambiado; al pronunciar su nombre el doctor Varona en su discurso, fue tal la ovación que temíamos que aquel pobre anciano podría sufrir un accidente emocional; su cara se llenó de alegría, sus ojos tomaron de nuevo la vida de otros tiempos al decir López del Valle en su elocuente discurso lo siguiente: "Covadonga ha sido grande por el tesón de sus hijos; pero hubo otra bandera de triunfo, la de Bango, el médico de fama, de reputación sólida, de brillante actuación profesional que trajo para dar vida a esta casa sus conocimientos, su nombre y su prestigio". Otro elocuente orador de esa mañana, el señor Nicanor Fernández,

tuvo frases cariñosas para el anciano cirujano; dijo: "que la gratitud florecía diariamente en la quinta "Covadonga" para el doctor Bango, que no sólo a ella llevó su prestigio y su nombre, como había dicho el doctor López del Valle, sino que también trajo su instrumental quirúrgico, facilitándole en bien de los asociados enfermos, que le guardaban esa eterna gratitud. Las frases de López del Valle y de Nicanor Fernández sirvieron positivamente esa mañana de satisfacción pública que debía el Centro Asturiano a su primer director.

El 4 de julio de 1924, en la vacante del doctor Fernando Méndez Capote, la Academia de Ciencias de La Habana nombró al doctor Manuel Valdés Bango y León, académico de número y un año después, el 13 de febrero de 1925 escuchábamos su discurso de gracias por haber sido nombrado académico de honor. Esa noche tuvo el doctor Manuel Valdés Bango otra gran satisfacción y no me refiero solamente al gran honor que él recibía, sino a un hecho muy interesante en la vida científica del doctor Bango. Al regresar en el año de 1907 de Europa el doctor Bango rindió dos informes ante la Academia de Ciencias que lo recibió como invitado: un informe fue sobre el método de Bier de la hiperemia venosa y el otro sobre la tuberculina de Jacob. En este último trabajo del doctor Bango a la Academia, el día 28 de junio de 1907, señalaba su experiencia personal y los éxitos terapéuticos por él obtenidos con la vacuna de Jacob en sus enfermos tuberculosos ingresados en el sanatorio "Covadonga". El trabajo sobre la tuberculina dio motivo a un debate científico que traspasó los umbrales de la máxima institución, para convertirse en pública discusión en la prensa diaria. La carta de Bango al director del *Diario de la Marina*, publicada en este el día 8 de octubre de 1907; unos "Baturrillos" escritos en el propio periódico por don Joaquín de Aramburo en defensa de Bango; otro escrito aparecido en el periódico *Cuba* que llamó a Bango: "el comerciante de su vacuna"; unas declaraciones públicas del doctor Celio Lendián, médico del Servicio de Tuberculosis del Hospital Número 1, en defensa de la desinteresada labor del gran cirujano, etc., demuestra hasta dónde fue llevada la discusión del trabajo de Bango sobre la tuberculina de Jacob. La Academia nombró una comisión de su seno integrada por Hernández Seguí, Ruiz Casabó, Jacobsen y Valdés Anciano para que estudiaran los casos clínicos presentados por el doctor Bango como tratados por la tuberculina de Jacob. Los doctores Jacobsen y Valdés Anciano renunciaron a la comisión y fueron sustituidos por Alfonso Betancourt y por el doctor Jorge Le Roy. La "enojosa cuestión", como lo llamara el propio Bango en su

carta al director del *Diario de La Marina*, fue dada por terminada por la Academia de Ciencias con el informe de la comisión que declaró que la tuberculina de Jacob no era específica de la tuberculosis y sí uno de tantos remedios empleados contra la terrible enfermedad y cuyo valor real no se había podido probar todavía. Este incidente apasionado en extremo, dejó posiblemente en el espíritu también batallador y apasionado de Bango la idea de que él no era persona grata, por así decirlo, del máximo centro científico; pensaría posiblemente que la Academia no veía con interés llevarlo a su seno como miembro de número de la misma, por eso la noche del 13 de febrero de 1925, escuchando sus frases elocuentes y llenas de gratitud por habersele designado nada menos que académico de honor, veíamos al hombre satisfecho y feliz, convencido del error que tenía y convencido que los hombres que como él valen y prestigian, siempre tienen las puertas abiertas en los grandes centros de trabajo y labor profesional. Esta fue, posiblemente, la última aparición del doctor Manuel Valdés Bango como profesor, pues al otro año, como señalamos, sí le vimos en el acto de la casa de salud de la "Covadonga".

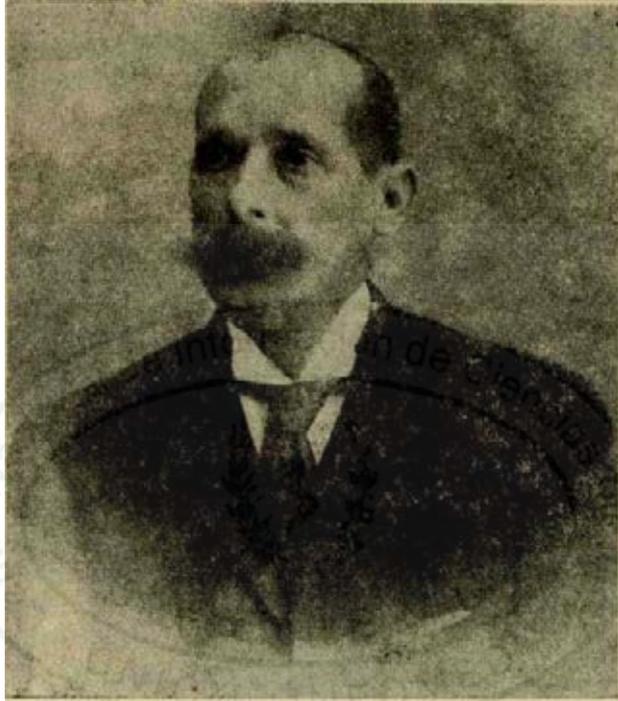
Un día del mes de abril de 1928 rodó por tierra el viejo roble de la Medicina cubana; de él se pudo decir en aquellos momentos, copiando al gran periodista español don Manuel Aznar: "Bango era todo corazón y el corazón lo mató".

A Bango, como a Cabrera Saavedra, como a Enrique Núñez, como a Raimundo Menocal, se le temía por las explosiones de su carácter, pero se le admiraba por su saber y se le quería por su noble corazón. Su vida, un ejemplo inolvidable para la pujante medicina cubana, y su recuerdo siempre viviente en el corazón y en la mente de aquellos que todavía nos queremos ocupar del deber del trabajo y de la mejor vida de nuestros semejantes.

Yo, señoras y señores, antes de dar término a esta encomienda que tanto me enaltece, antes de poner punto final a este motivo de distinción inmerecida que ha tenido para mí el prestigioso Ateneo de La Habana, quiero dar las gracias al doctor Chacón y Calvo, digno presidente de esta institución que me proporcionó la oportunidad de ocupar esta tribuna que no merezco y al mismo tiempo me obligó a estudiar detenidamente la vida del doctor Manuel Valdés Bango y León, en cuyo estudio encontré un gran estímulo para mi lucha profesional y un gran consuelo para saber soportar las saetas que a diario nos lanza la vida, envenenadas por la intriga, a veces la envidia y otras veces las ambiciones personales desmedidas.

Y termino repitiendo lo que dije al principio de este trabajo: esta noche retozan en mi alma los dos grandes estímulos de mi vida: la Patria, que se ha honrado honrando a uno de sus grandes hijos y la Medicina, que también la hemos honrado ante ustedes, que tan benevolentes habéis sido conmigo, al recordar la vida de aquel médico ejemplar que se llamó Manuel Valdés Bango y León.





Dr. Ignacio Calvo y Cárdenas
31 de enero de 1860 — 27 de febrero de 1911